

Introducción

No interpreto la realidad de forma que el relato de ciertos acontecimientos históricos deba ser atenuado, maquillado y convertido en un eterno cumpleaños de armonía feliz. Desde mi punto de vista, la mentalidad demoliberal es una evasión hacia la cómoda blandura de los hechos históricos, para adaptarlos a su particular mundo surgido de sueños herbívoros con fácil digestión. Así pues, nada que pueda convertirlos en pesadilla o altere su placido dormir puede ser escuchado con honestidad intelectual, al contrario, debe ser silenciado, o simplemente ignorado. Es como si, al no resignarse a la esencial asimetría del mundo, el progresista liberal, acabara falsificando sus medidas para hacerlas encajar en su igualitario esquema de ideas.

Porque la base principal de la mentalidad que inunda el mundo moderno, el mundo democrático, es la asunción de un relativismo cognitivo que proclama la inexistencia de verdad alguna previa al consenso humano. Para esa mentalidad democrática, la deliberación es el único procedimiento admisible para alcanzar cualquier convicción que pueda llegar a ser una preeminencia indiscutible en el ámbito de la realidad. Los conceptos de historia, de filosofía, de ética e incluso de teología deben estar supeditados a un consenso previo que los legitime, al menos como verdad temporal. Así surge la historia democrática, la filosofía democrática, la memoria democrática y hasta incluso la religión democrática. De esta forma, el subjetivismo, el relativismo y el voluntarismo pasan a ser los elementos constitutivos de la trinidad democrática creando una nueva religión autorreferencial, intolerante y virulenta contra los disconformes.

Por tanto, desde esa concepción demócrata-liberal, asumo que llamar la atención hacia las corruptas bases intelectuales sobre las que se sustentan el liberalismo y la democracia actual, significa atribuir automáticamente al poseedor de semejante convicción una mente enferma con evidente deficiencia emocional y repleta de corrupción moral. Sé que no puedo esperar más simpatía de la naturaleza crítica del pensamiento democrático actual y de su autosatisfecha somnolencia que se cree dueña de la verdad. Por tanto, lo asumo como un resignado y estoico desafío.

Dicho esto, considero tan innecesario como imposible efectuar una definición ortodoxa de la palabra Democracia. Hoy en día, el concepto ha adquirido una polisemia que traspasa la etimología

original griega, para trascender a una nueva dimensión semántica inabarcable por efecto de la omnipotencia que la modernidad le ha pretendido adjudicar o, más exactamente, le ha adjudicado ya. La Democracia se ha convertido en una realidad, tan sensible como imprescindible, que inunda el pensamiento y la palabra de las sociedades políticas. Y mediante un libre examen subjetivo, cada individuo, guiado por los pastores de la moderna política, tiene su propia experiencia casi religiosa, su propio contacto personal y su propia concepción de sus valores absolutos. Tal es su naturaleza actual que hace inalcanzable cualquier delimitación.

Lo cierto es que, a lo largo de la historia, la democracia ha sido entendida y asumida como una forma de gobierno, es decir como un simple método de ejercicio del poder, o bien como un conjunto de reglas que garantizan la participación política de los ciudadanos. Sin embargo, actualmente es interpretada como una exigencia moral y humana valiosa en sí misma como principio universal de comportamiento humano obligatorio.

Conviene no obstante matizar, que desde la caída del muro de Berlín en 1989, atendiendo al punto de vista estrictamente político, el concepto democracia ha pasado a ser comprendido exclusivamente como el de Democracia Liberal Parlamentaria, y cualquier sistema busca la homologación bajo este paraguas de legitimidad conceptual. Y esto es así, porque a nadie se le escapa que en los años anteriores a la caída del muro, la variedad democrática creció como las setas en otoño, y cada país bautizó con la santificada palabra de salvación cada uno de sus particulares sistemas de gobierno, convirtiendo el paisaje político mundial en una yuxtaposición constante de pintorescas democracias, cada cual supuestamente más representativa de la voluntad del pueblo.

Desde las famosas democracias populares comunistas, hasta las democracias orgánicas dictatoriales, pasando por las democracias del tercer mundo el mundo se convirtió en una amalgama de “democracias”, donde las traducciones clásicas de “gobierno del pueblo”, “doctrina política favorable a la intervención del pueblo en el gobierno”, o “predominio del pueblo en el gobierno político de un Estado”, con sus correspondiente ceremonias electorales, se convirtió en la práctica de realidades diferentes según el contexto histórico, social y cultural, configurando un mosaico de situaciones paradójicamente contrapuestas.

Pero, como he dicho, todos esos ropajes de presuntuosa legitimidad democrática han desaparecido barridos por el poderoso viento de la Democracia Liberal moderna y su concreto marco

político, dentro del cual exclusivamente, hoy en día es concebible la realidad democrática.

Porque en el siglo XX, y sobre todo tras la II guerra mundial, surge una concepción específica a la medida de los enfoques anglosajones norteamericanos encargados de definir la democracia, que será válida solo en aquellos casos en los cuales se reproduzca el esquema existente en los Estados Unidos. Si no se lleva a cabo a su imagen y semejanza, entonces los mecanismos democráticos no son reales o son incompletos. Por tanto, al apartarse de ese patrón, ya no existe la democracia.

De tal forma, sea como fuere, el hecho es que fuera de la Democracia Liberal no hay salvación, más allá de ese universo de verdad solo existen las tinieblas de la sinrazón y la maldad humana. Ella es el manantial del que brotan todos los valores humanos y la esencia de la dignidad del hombre, como si la adscripción ideológica a un sistema político determinase la bondad o la maldad intrínseca de cualquier persona. Esta es la premisa fundamental que hay que enfrentar cuando alguien se propone poner en cuestión dialéctica la naturaleza de la Democracia.

A modo de religión intolerante y fanática, sus fieles seguidores se apresuran a encender la hoguera donde purificar a los herejes de la disidencia, cuya pecaminosa y desviada reflexión les hace merecedores del mayor de los castigos solo por aventurar un esbozo de crítica. El devoto fiel identifica la menor desviación con la más absoluta apostasía, y condena los pensamientos impuros con la misma severidad que las malas obras.

A pesar de su destructivo nihilismo, Nietzsche lo describe implacablemente con perspicacia premonitoria:

“Ya se sabe, en efecto, cuál es su resultado:... es la nivelación de montes y valles elevada a la categoría de moral, hace a los hombres cobardes, mezquinos y ávidos de placeres; con ella triunfa siempre el animal de rebaño. Por hablar claramente, el liberalismo equivale a convertir al hombre en animal gregario.” F. Nietzsche. *El ocaso de los ídolos*

“¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio” F. Nietzsche. *Así habló Zaratustra. Prólogo*

Una conciencia social hipócritamente perversa, sobre la que abunda Gomez Dávila con uno de sus certeros aforismos: *“El moderno cree vivir en un pluralismo de opiniones, cuando lo que impera es una unanimidad asfixiante”*

Y el propio Alexis de Tocqueville, uno de los mesías de la nueva revelación democrática, pero también uno de sus más honestos críticos, lo manifiesta explícitamente en su famoso libro *La*

democracia en América, uno de los evangelios sagrados del pensamiento moderno:

“...un poder inmenso y tutelar que se encarga de que los ciudadanos sean felices,... similar a la autoridad paterna si, como ella, buscara preparar a los hombres para la edad viril; pero que solo persigue fijarlos irrevocablemente a la infancia; que gocen con tal de que no piensen sino en gozar... Una servidumbre reglamentada, benigna y apacible”

Para Tocqueville los individuos desean ser protegidos y dirigidos, pero sin perder su libertad.

“Tratan de satisfacer los dos instintos: quieren un poder único, tutelar, omnipotente, pero elegido por los ciudadanos. Se consuelan de su tutelaje pensando que ellos mismos eligen a sus tutores.”

Tal, es la conciencia social que ha ido cristalizando en el mundo moderno empujada por el viento incesante de la filosofía política, sobre todo a partir del consenso establecido por los vencedores de la II guerra mundial en lo que conocemos por Occidente, en realidad un espacio geopolítico bajo el influjo del mundo germano-anglosajón que ha ido modelando la evolución histórica de gran parte del planeta a su manera. Social democracia, democracia cristiana, partidos liberales, e izquierdas y derechas de toda condición y pelaje se han integrado en la fe de los creyentes. En la moderna religión democrática y liberal.

Tanto es así, que es sobradamente conocida la famosa expresión *“todos los males de la democracia se curan con más democracia”*. Es decir, al margen de cuales sean las circunstancias y los condicionantes, el argumento a favor de la democracia ha de mantenerse siempre intacto. Desde periodistas a políticos, desde politólogos a académicos, todos están deseosos de hacer confesión de fe pública en su fundamentalismo democrático sin asomo de duda. Porque la religión democrática de hoy en día desempeña funciones fundamentales que sirven para justificar la existencia de instituciones inoperantes, para legitimar al gobierno o al grupo que lo detenta, y para movilizar la acción política instaurando categorías mentales que constituyen un sistema capaz de interpretar y organizar la realidad social de forma exclusiva según su escala de valores.

La democracia liberal, como más adelante veremos con detenimiento, es el fruto podrido de la filosofía idealista, un planteamiento ideológico consecuencia de la Reforma protestante que niega la naturaleza de las cosas sosteniendo que la realidad la configura nuestra propia mente, y que es el propio ser humano el que crea todo lo existente. O sea, el hombre como ser omnipotente, con su sola voluntad. Aunque luego lo comentaremos en profundidad, son

primero Descartes con su *“pienso, luego existo”*, es decir, con la capacidad del hombre para decidir con su pensamiento la virtualidad de las cosas, y luego Kant de forma más sistematizada y abigarrada, los que representan el nuevo amanecer de la humanidad ideologizada y democratizada.

Actualmente, este planteamiento cosmogónico cuenta a su favor con la existencia de una sociedad moderna en la que la mayoría de las personas tienden a ser esclavos de la opinión y no del conocimiento, porque las opiniones son fáciles de crear y funcionan como atajos psicológicos con los que conducimos cómodamente en el día a día. El conocimiento, sin embargo, se consigue de una manera muy lenta y con gran esfuerzo.

La ideología democrática suministra ideología y opinión, por lo que el sujeto, no debe hacer otro esfuerzo que dejarse arrastrar por la corriente social, por la opinión pública, que lo arrulla suavemente sumergido en el tibio líquido amniótico de la corrección política y del relativismo moral, que todo lo consiente mientras no se pongan en duda las bases ideológicas del sistema.

Un individuo tan lúcido y “transversal” intelectualmente como el pensador francés Paul Valéry, describe con exactitud tal estado de cosas: *“La política moderna consiste en que la gente se preocupe por aquellas cosas de las que nada sabe y se despreocupe de aquellas otras que verdaderamente le afectan”*.

En este sentido, el simple sentido común o el puro juicio certero sobre la realidad de las cosas, quedan sometidos al filtro interesado de la ideología liberal democrática. El individuo, la masa, acepta conceptos delirantes, simplemente porque vienen avalados por el carácter santificador de la democracia, concepto elástico y ambivalente. Ya no se ve la realidad como tal, sino que pasa a verse como la ideología de la verdad, es decir la democrática, nos impone. La ideología de género, o la teoría indiscutible del cambio climático antropogénico son el más claro ejemplo de ello.

Los maestros, los intelectuales, los economistas, los comunicadores, los grandes empresarios, los medio pensionistas, y los comensales de la política a tiempo completo, así como los “buenos ciudadanos” en general, nos sirven un guiso desabrido cocinado con las sobras de una mezcla de conceptos históricos, sociológicos y politológicos teledirigidos por un pensamiento unívoco, sin el menor interés en explorar críticamente la naturaleza de la democracia y sus posibles consecuencias futuras. Al contrario, intentan levantar una cortina de humo que enmascare sus defectos esenciales, para presentarla como el mejor de todos los órdenes sociales y, desde luego, el único posible.

Porque, el brazo armado ideológico y el substrato meta político con que se enfrentan al pensamiento del disidente antidemocrático, se formula a través de un universo conceptual donde no existen sistemas de referencia externos, independientes de las propias abstracciones democráticas que se puedan aplicar en el debate dialéctico. Es decir, simplificando: la democracia tiene razón por definición, porque *no existe otro criterio externo de verdad o falsedad que el estrictamente democrático*. De hecho, para sus apologistas quíerese o no, la democracia parece brotar desde la definición misma de justicia como su sinónimo, acaparando para sí misma el concepto sin discusión posible... un caso extraordinario de juicio amañado en la historia de la filosofía política de las sociedades humanas.

Lo antedicho podría formularse de forma simple y concreta de la siguiente manera: *“No puede criticarse la democracia porque ello es antidemocrático”*... Y si algo es antidemocrático está fuera de la razón y de la justicia, porque la democracia es la razón y la justicia mismas.

En esta perversa tautología retórica, no se puede, por tanto, violar códigos discursivos no escritos, porque traspasar esos límites verbales convierte al interlocutor en un ser despreciable al margen de la validez intrínseca de sus razonamientos.

De forma misteriosa, consecuencias negativas o perniciosas de cualquier decisión sobre la realidad de las cosas, milagrosamente se convierten en positivas y adecuadas con el propósito de enmienda de una nueva votación que todo lo perdona y todo lo convalida.

Pero, según nos cuentan con grandes golpes de pecho sus acólitos, ¿acaso no pertenece a la esencia de la democracia alimentar en su seno la reflexión sobre sus alcances y sus límites, sus inconvenientes y sus bondades? Porque, como digo, es un hecho que en nuestro tiempo ha llegado a ser una especie de dogma social y político fuera de toda discusión por muy racional, sosegada y respetuosa que sea, que el mejor régimen de gobierno para un pueblo es el democrático. O dicho de otra manera: hoy se da por sobreentendido que todo pueblo, sin excepción, ha de gobernarse democráticamente; y a la exigencia de demostración empírica sobre su éxito existencial se responde mostrando los países cuyos gobiernos son dominantes en términos políticos y, sobre todo económicos, en nuestro mundo postmoderno, como si su mera contemplación fuese una demostración práctica de la verdad universal que exima de otras consideraciones a tener en cuenta en la evolución de los grupos humanos, como las geográficas, antropológicas, históricas, bélicas o sociales.

Sin embargo, yo afirmo que el carácter dogmático de la creencia en la democracia moderna merece ser criticado, puesto en tela de juicio, explorado en sus límites y sus alcances y zarandeado sin el escrúpulo del que maneja cosa sagrada. ¿Es verdad que la democracia es el mejor régimen de gobierno que un pueblo puede darse? ¿Cuáles son las razones para sostener esta tesis?

Quizás en las palabras de Aristóteles en su *“Política”*, encontremos parte de la respuesta:

“Todos los que se interesan por la buena legislación indagan acerca de la virtud y la maldad cívicas. Así resulta también manifiesto que la ciudad que verdaderamente lo es, y no solo de nombre, debe preocuparse por la virtud; porque si no, la comunidad se convierte en una alianza, en una garantía de los derechos de unos y otros, pero deja de ser capaz de hacer a los ciudadanos buenos y justos”

Aristóteles. *Política*

En definitiva, el fin último de la buena legislación, de la buena política, es formar ciudadanos buenos y justos, o sea, personas con la mayor dignidad e integridad posible con la que afrontar su vida en comunidad, no seres indiferenciados dotados de individualidades contrapuestas y enfrentadas en continua lucha. Pero para conseguir esto, en ningún momento se presume que la ciudad, la sociedad o el estado, tenga que gobernarse bajo el régimen democrático en exclusiva.

Aunque, desde luego, cabe la posibilidad de que el análisis sobre esa particular cosmovisión democrática arroje resultados favorables a la misma, dada la calidad moral intrínseca y el superior estatus en la evolución del ser humano que se le adjudica por definición. Cabría suponer, por tanto, que para los epígonos de la Democracia su propia fortaleza se pondrá de manifiesto, tanto ante una crítica superficial, malévola o poco fundamentada, como ante la disección más rigurosa... En este libro intentaremos comprobarlo.

Porque la Democracia Liberal como particular forma de gobierno ha impregnado la conciencia humana convirtiéndose efectivamente en un sistema de creencias cuyos efectos van más allá de un simple modelo político para convertirse en una *“forma de ser”* ante el mundo, realmente en el sustrato de toda la actividad social de las llamadas sociedades avanzadas, adquiriendo la naturaleza de una religión. Una religión transversal, ecléctica y antropocéntrica, con sus templos sagrados, sus rituales místicos, sus sumos sacerdotes y sobre todo con sus creencias intocables e inobjetables por los fieles que componen el gran rebaño de los creyentes en su bondad salvífica. Se trata de la religión de la postmodernidad.

En frase de Wendland, se hace explícita semejante afirmación: *“La democracia no puede consistir en una simple constitución política, establecida en una ley fundamental, ni en una metodología política para formar gobiernos(...) La democracia está más bien vinculada a presupuestos ético-sociales y a convenciones sociales que tienen validez y aplicación en todas partes, incluso en la esfera privada”*.

Por tanto, existe un compromiso espiritual que se traduce inevitablemente en un compromiso de carácter político. La característica fundamental de cualquier religión. Y es en este nirvana de autosatisfacción, intolerante a la crítica, donde se desarrolla el pensamiento de las sociedades demo-liberales modernas, estimuladas por medios de comunicación, políticos y académicos, convencidos de haber alcanzado la cuadratura del círculo socio-histórico mediante su neo religión democrática.

De este modo, en la vida del mundo moderno las consideraciones morales han llegado a ser un accesorio, una imprescindible ficción cosmética. Todos los gobiernos se empeñan en apoyar su fuerza con un principio ético general que resumen en la palabra mágica: democracia, ahorrándose así cualquier razonamiento complejo sobre su naturaleza antropológica. De igual forma, los grupos sociales en que cristalizan los diversos movimientos cívicos occidentales también adoptan alguna máscara filantrópica que sirva para sosegar sus almas de ciudadanos democráticos. Su propósito confesado es redimir a la humanidad entera del yugo de una minoría tiránica, y sustituir el régimen viejo e injusto por un nuevo reino de justicia universal. Pasto de demagogos, el terreno democrático está cultivado con enormes dosis de sentimentalismo y embriaguez lacrimógena que hace surgir constantemente de la boca de sus epígonos las grandes palabras huecas pero ampulosas, informes pero coloreadas, al gusto consumidor de la masa satisfecha y conformista.

Pero esto no ha sido siempre de esta manera, de hecho tal estado de cosas es relativamente reciente. Tanto es así, que durante muchos siglos el carácter de la democracia estuvo desprestigiado y olvidado como procedimiento para dar respuesta eficaz a los problemas que presentaba la convivencia de los seres humanos en sociedades organizadas. Tras el desaparecido y fracasado “experimento” ateniense, la palabra democracia sufrió un largo eclipse del que ha resurgido con fuerza inusitada. Aristóteles la consideró una forma degenerada de gobierno convirtiéndose durante dos mil años en una voz amenazadoramente negativa. El concepto fue sustituido por la palabra República y esta fue la utilizada incluso durante la Revolución Francesa como la forma ideal de gobierno. Solo Robespierre la utilizó

en 1794 garantizándole una mala reputación durante otros cincuenta años.

Pero de pronto, todo cambió de forma pendular, y tanto la palabra democracia como su significado se han convertido en el tótem y tabú de la modernidad.

Y la modernidad ha estructurado la realidad política mediante los llamados mecanismos democráticos fundamentales: los partidos políticos, el parlamento y el sufragio llamado universal. Unos mecanismos asistidos por los miembros del clero democrático que se retroalimentan de su inclusión en el engranaje, y que a modo de pastores, se encargan de guiar a la opinión pública según unos altos designios de conocimiento de los que solo ellos son depositarios. Estoy hablando de los políticos profesionales.

Pero todos los políticos mienten... No en vano ya un filósofo presocrático como Parménides, aseguraba en el siglo V a. de C. que *“La política es el arte de engañar a los hombres”*. Esta afirmación respaldada por la historia, por la sociología, por la literatura, por la prensa y por la simple observación de la realidad, es asumida por el ciudadano como un fatalismo inevitable, casi como un fenómeno atmosférico similar a la lluvia en invierno o al calor en verano.

En efecto. Todas las personas dedicadas a la actividad política mienten. De hecho, casi podríamos decir que la esencia de su actividad es la mentira, si entendemos por esta: *“la expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente”*, según la clásica definición del diccionario.

El motivo es lógico, congruente, e incluso, para muchas personas disculpable. Comprendida la política demoliberal como una actividad lucrativa, cómoda y que posibilita el acceso a áreas de actividad reservadas a una elite, se trata de mantenerse en el poder, de mantener sus cargos, de mantener sus ingresos, de mantener su influencia social y de mantener su autoestima personal. De tal forma, la mentira es un instrumento que se maneja con mayor o menor desparpajo, con mayor o menor desahogo y, en suma, con mayor o menor habilidad en el mundo de la convivencia social democrática por personajes con grados “variables” de moralidad, y con mayores o menores escrúpulos.

Pero la mentira es solo la materia primigenia que necesita dotarse de elementos constitutivos que la nutran, la densifiquen y le permitan convertirse en un arma operativa útil y eficaz. Para ello necesita de una táctica y una estrategia, un procedimiento que establezca objetivos y planifique métodos de acción coordinando y conectando la propia mentira con la verdad... Y esa es la Demagogia...

Se trata de un procedimiento por el que el halago, la apelación al sentimentalismo de las masas, el control de la información suministrada, la utilización de conceptos absolutos, imprecisos, subjetivos e indefinidos (bien, mal, justicia, felicidad, igualdad, libertad, etc.) o de argumentos falaces incontrastables, hacen que el individuo se polarice ideológicamente bajo el influjo del político que le adoctrina desde el púlpito televisivo.... El hecho es que finalmente la mentira acaba consiguiendo su fin: el ciudadano deposita su voto en una urna acristalada. Como el propio Rousseau reconoce en su *El contrato social*: “*El pueblo inglés piensa que es libre, pero se engaña rotundamente; solo lo es durante la elección de los miembros del parlamento: en cuanto salen elegidos, ya es esclavo, ya no es nada*”. Años después el propio Tocqueville corrobora semejante incómoda afirmación en su, ya mencionado libro, *La democracia en América*: “*en tal sistema, los ciudadanos salen un momento de la dependencia para nombrar un jefe, y vuelven a entrar en ella*”

Hace más de 2000 años, Aristóteles como precursor de la reflexión sobre los sistemas políticos, comprendía este inevitable fenómeno humano sosteniendo que cuando en los gobiernos populares la ley es subordinada al capricho de la mayoría, surgen los demagogos que halagan a los ciudadanos, dan máxima importancia a sus sentimientos y orientan la acción política en función de los mismos, independientemente de la procedencia o improcedencia de esta. Aristóteles ya definía, por tanto, al demagogo como un “*adulador del pueblo*”.

Y si esto ya era así en la antigua Grecia, puede imaginarse el lector el grado de eficaz sofisticación adquirida por la Demagogia en nuestra actual sociedad hipertecnológica, donde la opinión pública es una “consecuencia” y no una “causa” de los sistemas políticos gobernantes, que en última instancia controlan, dosifican y modulan los niveles de información recibida por la indolente masa social. Y donde las mentiras del político de turno pasan a ser indetectables convertidas en una confusa amalgama conceptual arropada por omisiones, redefiniciones, descontextualizaciones, eufemismos, retóricas falsas y pura vacuidad.

¡¡Bienvenidos a la Democracia Liberal!!

En la España de 2024, tenemos el más claro ejemplo empírico de la historia mundial. Los hechos son bien conocidos.

Un mentiroso profesional, un virtuoso de la mentira, un artista de la demagogia convertido en presidente del Gobierno por obra y gracia de su habilidad en el manejo de lo anteriormente dicho. Un individuo que ha seguido al pie de la letra la máxima del KGB soviético: “*Pueblo de borregos, gobierno de lobos*”.

Pedro Sánchez Pérez-Castejón, sin duda pasará a la historia. Es difícil discernir si como un simple rufián, como un paradigma de la habilidad política, o como un invulnerable individuo incapaz de esbozar un rictus de molestia ante la inevitable voz de su conciencia, pero desde luego no cabe duda de que pasará como un personaje digno de estudio en el ámbito de la Democracia y de la Demagogia.

Y es que Sánchez Pérez-Castejón, posee cualidades muy apreciadas para sobrevivir en el peculiar mundo democrático actual. Un mundo individualista, capitalista, liberal y sujeto a los vaivenes de la opinión pública y de su servidumbre. Así pues, en él, en Sánchez, parecen conjuntarse de forma casi extraordinaria, la verdad como una mercancía relativa y sujeta a las circunstancias, y la mentira como un poderoso fertilizante que nutrirá a la nueva realidad resultante de su alquimia conceptual. En definitiva, al margen de su indigencia intelectual, y probablemente sin ser consciente de ello, para él la verdad posee el carácter ortodoxo de la dialéctica marxista: *“La verdad solo es una creación histórica”*.

Pero para semejante labor, al margen del indispensable y desolado paisaje socio-cultural existente, hay que valer, ser “inmoralmente” válido. Y Sánchez lo es. Jamás en la ya larga historia democrática de Europa había existido un personaje como Sánchez Pérez-Castejón. Algunos escritores apesebrados lo describen como un personaje fascinante por su amoral desparpajo para la mentira. ¡Y tienen razón! ciertamente es un fenómeno digno de estudio porque desde siempre cuando a una persona la pillan en falta imperdonable, en una mentira flagrante, el ser humano en cuestión reacciona como un ser humano, es decir, se sonroja, se avergüenza, niega la mayor, se indigna o busca ser tragado por la tierra. Sánchez Pérez-Castejón no, como el enloquecido suicida, abandona todo resto de escrúpulo y en su huida hacia delante es capaz de cornear a propios y extraños, con una sonrisa de autosuficiencia en la boca convencido de que la verdad y la mentira, son en realidad, lo que desee su propia voluntad.

En cierta manera resulta deplorable que un personaje con tanta determinación, audacia, voluntad de poder y capacidad de control sobre sus subordinados, haya puesto semejantes capacidades al servicio del lado oscuro de la fuerza, teniendo en cuenta que no son virtudes que abundan precisamente entre el resto de políticos españoles, en general una pandilla de paniaguados sin nervio ni sustancia.

En él se cumple el aforismo de autor desconocido, pero de profunda densidad crítica: *“La democracia tiene a su favor que cualquier ciudadano puede llegar a ser presidente de su país. Y en su contra, los que han llegado a ser presidentes de su país.”*. Si

alguien como Sanchez Pérez-Castejón ha podido llegar a ser presidente de un país, indudablemente es que algo no funciona en la democracia.

No es de extrañar, por tanto, que sea seguido por un partido enfervorizado compuesto por hooligans fanatizados ante la contemplación de la audacia de su líder. Para ellos no existe necesidad alguna de ejercer el control reflexivo sobre la vergüenza que se cierne sobre sus propias mentes, jibarizadas por el poder omnímodo de los cargos y el presupuesto gubernamental.

Pero la realidad es que Sánchez no es más que un subproducto, elaborado, refinado y estructurado en la factoría de la sociedad democrática. Ciertamente que él es un espécimen exclusivo, casi un prototipo experimental, de cuya resistencia se podrán sacar las consecuencias que se quiera, pero que en última instancia ha sido incubado en las mismas máquinas de gestación del resto de los políticos que le acompañan en el arco parlamentario. Y lo que es peor, utiliza los mismos instrumentos de acción política que el sistema democrático liberal les facilita.

De esto, entre otras cosas, también trata este libro. De la extraviada ignorancia de una sociedad que considera la existencia de los Sánchez Pérez-Castejón, como una excepcionalidad producto de la casualidad histórica, de una mala suerte existencial o de la confluencia de factores políticos que fatalmente lo han propiciado. Olvidando o no queriendo reconocer, que estamos ante la consecuencia lógica, casi inevitable, del sistema democrático liberal, de su organización de partidos y sobre todo de la presencia de una Constitución que a todo ello da cobijo, coartada y complicidad.

Hoy en día la crítica “ad hominem” es constante, dirigida contra Sánchez Pérez-Castejón, el representante principal de esta situación en la España de 2024, de tal forma que el personaje pasa a convertirse así en el chivo expiatorio que permite invalidar la crítica global al sistema que lo origina y propicia. Lo más ridículo de todo es apelar para la indignación nacional, a la conciencia honorable de una sociedad donde el exceso de sensiblería emocional conduce a una constante postura egocéntrica y relativista, y todo es juzgado según el particularismo individual y la opinión indocta del instinto y la autopercepción.

“Nos reímos del honor y luego nos extrañamos de ver traidores entre nosotros”

Porque el axioma indiscutible afirma que el sistema democrático es infalible, solo la desviada actuación de sus servidores, lo corrompe coyunturalmente y enturbia su naturaleza factual. Tal es la consigna inmutable, como igualmente lo era en el estado comunista soviético:

el sistema era perfecto, solo la existencia de individuos que se apartaban de la verdad revelada traicionaba la evidencia de su bondad absoluta. Solo los delincuentes y los enfermos mentales podían discrepar de sus principios. La cárcel y el sanatorio psiquiátrico tenían que ser su destino.

De igual forma en el mundo democrático liberal actual, la periferia social, la marginalidad ideológica, o la demonización calificativa mediante la principal palabra mordaza al uso: Fascista, y su corolario verbal: reaccionario, ultraderechista, negacionista, machista, revisionista o fomentador de odio, pasan a ser el destino final de cualquier pensamiento improcedente según sus particulares criterios de libertad, que por arte de magia invalidan, tanto cualquier afirmación por racional que sea como, especialmente, a la persona que la efectúa. Todo un cuerpo legislativo específico custodia la ortodoxia ideológica, apoyado en tan imaginativos como hipócritas hallazgos semánticos en una espiral jurídica sin fin, donde los delitos “de odio”, aparentan ser los primitivos precursores de unos futuros crímenes de “pensamiento antidemocrático”

Como es bien sabido, Francis Fukuyama lo anunció sin recato en su famoso y mencionado libro: *“El fin de la historia y el último hombre”*. Según él, tras la caída del muro de Berlín la lucha de las ideologías había terminado con el triunfo de la democracia liberal. Así pues, el pensamiento único democrático liberal se consolidaría definitivamente como la forma final de comprensión política del futuro. Un pensamiento único donde la realidad económica capitalista satisfaría las necesidades, anhelos y deseos del ser humano mediante el consumo constante y el progreso sin fin de la productividad y la tecnología.

De tal forma, la democracia liberal sería el mecanismo político que engrasaría el funcionamiento social para que el capitalismo, auténtico motor de progreso de la humanidad, pudiera desarrollar su carácter globalista y totalizador en un mercado mundial único. En última instancia el ciudadano, el pueblo, y el individuo, encontrarán la felicidad en el consumo y su máxima aspiración será poder acceder sin límites a él.

En esencia, una situación histórica en la que el ser humano queda convertido en mera materia prima intercambiable, sustituible e inapreciable.

Pero este globalismo derivado del influjo capitalista íntimamente imbricado en la sociedad democrática liberal, se caracteriza porque los poderes políticos y sobre todo los poderes económicos se sitúan por primera vez fuera del estado, escapándose por tanto de los límites de su autoridad jurídica y geográfica, y sobre todo por otra

circunstancia aún más disruptiva, pero que forma parte constitutiva e imparable de su esencia: **la economía y el mercado pasan a gobernar la política** y no al contrario como había sido hasta ahora, y ello mediante las grandes corporaciones financieras y tecnológicas que se van convirtiendo en los amos de un progresivo gobierno mundial sometiendo a sus particulares criterios naciones y estados.

Un globalismo contemporáneo producto de la implacable lógica capitalista democrática, que se mueve como pez en el agua de la transnacionalidad sin tener que rendir cuentas de sus succulentas transacciones ante los estados nacionales, cuya disolución promueve, constituyéndose así en un nuevo poder, el poder de la modernidad. Porque, en efecto, disolver la identidad de las naciones-estado significa eliminar el principal factor de fiscalización que limita y entorpece sus operaciones financieras y mercantiles globales. El comercio, por tanto, pasa a ser el motor del mundo del futuro ante el que las viejas realidades nacionales son un estorbo a eliminar. El liberalismo mediante los fenómenos de atomización social y de dilución etno-cultural se va encargando muy eficazmente de ello.

De estos conflictos y de sus contradicciones, también trata este libro. Sobre todo de los referidos a la España de 2023, cuando ahora ya disponemos de la suficiente perspectiva histórica para comprender mejor el fenómeno, dada la cristalización de las consecuencias de años de inconsciencia colectiva animada por los políticos y sus demagógicas mentiras.

Sin olvidar de forma específica a la causante principal, a la argamasa que todo lo ha permitido a modo de piedra filosofal, facilitando la construcción de un castillo de naipes sustentado en el inconsistente aire de un Estado que amenaza descomponerse definitivamente: la Constitución Española. Ese beatífico texto constitucional, surgido del Sinaí de la Transición, que se invoca con unción casi religiosa por unos, o con desprecio displicente por otros, signo inequívoco de su ambigua redacción, de su inconcreción semántica, de su cambalache ideológico y en definitiva de su nefasta existencia.

Porque ¿Qué se puede decir de un texto constitucional que admite en su seno al mismo tiempo, la verdad y la mentira?, un texto que afirma la existencia de nación española, a la vez que fortalece políticamente a los grupos que quieren destruirla, abriéndoles de par en par las puertas para la entrada del caballo de Troya que busca destruir el Estado. O que infecta de autonomismo hasta segregar de facto amplias zonas geográficas... Y que permite la marginación de la lengua común y sobre todo de sus hablantes.

Una Constitución cuya ambigua redacción parece haber sido efectuada con tanta inocencia pánfila como negligencia consciente, y cuya “interpretación” a manos de los demiurgos del Tribunal Constitucional convalida cualquier desmesura “jurídicamente creativa” simplemente utilizando la demagogia como sustancia argumentativa y la logorrea verbal como “tecnología” dialéctica. Porque, sujeta a la mezquindad políticamente interesada de unos, a la hipócrita convicción de otros, y a la inocencia estúpida de los demás, se acabó convirtiendo en un trampantojo de realidad carcomido por las termitas leguleyas, válida tanto para un roto como para un descosido, en una inacabable y sobrecogedora utilización espuria de sus artículos.

Máxime si tenemos en cuenta, aparte de la ausencia de contenido objetivo, la discrecionalidad interpretativa a manos de un Tribunal Constitucional que es poco más que una proyección especular de los partidos políticos mayoritarios y de sus intereses coyunturales.

Una constitución que permite planteamientos políticos que ponen en cuestión la base estructural de la nación, esto es su unidad, pero con la supuesta condición de que haya suficientes garantías para que estos no progresen lo suficiente, lo que finalmente acaba propiciando una constante demolición del estado en una imperdonable negligencia.

Una Constitución que proviene de un período histórico tan sobrevalorado como ella misma, la llamada Transición. Una época santificada que aparentó permitir el impulso para efectuar un salto de modernidad y progreso, que en realidad se ha ido convirtiendo en una caída al vacío sobre un precipicio de indignidad, de descomposición nacional, y de ausencia de un proyecto colectivo como sociedad política.

Una Transición tutelada por el gobierno USA y la socialdemocracia alemana, según sus particulares intereses geopolíticos, y cuyos logros en realidad consistieron en dilapidar el patrimonio industrial de España, propiedad del Estado y forjado con el esfuerzo de varias generaciones de españoles, malvendiéndolo y privatizándolo en manos ajenas y en muchos casos extranjeras. El resultado fue convertir a la nación en un suministrador de servicios, de sol, de ocio y de diversión para los turistas europeos. De tal manera que el modelo productivo y económico industrial del país fue desmantelado para ser sustituido por el dinero fácil del turismo y sus servilismos, que ahora padecemos. [Alicia Melchor Herrera. Privatización y desindustrialización durante la Transición. La razón comunista. Noviembre 2019.](#)

La realidad es la de una nación subordinada culturalmente, políticamente, geoestratégicamente, económicamente y miserablemente. Una nación donde no existe conciencia colectiva de proyecto común, compuesta de una sociedad amnésicamente envilecida, potencialmente suicida y con una clase política corrupta e incompetente... Y la causa fundamental de todo ello radica en la Democracia y la Constitución.

Así pues, resulta imposible efectuar una impugnación a la democracia partitocrática sin apelar a conceptos esenciales previos de teoría política, o a episodios históricos que han ido edificando la sociedad y el mundo de las ideas a lo largo de los tiempos. Por tanto, iniciaremos un recorrido sintético por la historia política del mundo, por sus etapas históricas y por los diversos conceptos que han dado forma a nuestro pensamiento actual. Será obligatorio acudir, por tanto, a las reflexiones analíticas de los acreditados pensadores e intentar desmenuzar determinadas características para comprender su influencia integrada posterior, así como a la naturaleza social en la que vivieron. Un viaje difícil y apasionante que nos permitirá sacar nuestras propias conclusiones sobre la democracia y el mundo moderno. Un recorrido cronológico y necesariamente sintético por la historia del pensamiento político intentando delimitar la genealogía del fundamentalismo democrático actual.

Asumiendo, no obstante, el riesgo de navegar por las turbulentas aguas de los prejuicios y la incorrección política que azotan a los disidentes que se atreven a verbalizar su descontento con el actual estado de cosas.

Porque, como es bien sabido por todos, está prohibido criticar la democracia.